

expresiones que decía haber oído á Voltaire y que eran ultrajes para el rey; decía que Voltaire entre otras observaciones poco respetuosas sobre los malos versos que hacía el rey y que él tenía que corregir, se había dejado decir: «¿Cuándo se cansará de hacerme lavar su ropa sucia?»

Tuvo en esto Maupertuis una polémica científica con un ex-partidario y protegido suyo, el suizo Koenig; la cual dió á Voltaire la ocasion tan deseada de zaherir á su adversario odioso, haciéndolo con la mordaz *Diatriba del doctor Acacia*, que el rey, poniéndose de parte de Maupertuis, mandó quemar por mano del verdugo en Berlin donde á la sazón vivía Voltaire, en 24 de diciembre de 1752. Voltaire al ver esto dijo para sí: «Alerta, ya está exprimido el limon; salvemos la piel,» y el día del año nuevo remitió al rey la llave de gentilhombre, y la cruz *Pour le mérite* acompañándolas con estos versos:

«Feliz cuando me los diste, los devuelvo con dolor, como el amante en un momento triste devuelve á la amada su retrato.»

El rey le mandó en seguida su secretario íntimo Fredersdorf para volverle á entregar los recuerdos de su amistad y apaciguarle. Voltaire se dejó convencer y volvió por algunos días á Potsdam. Pero no renunció á su solicitud de obtener permiso para tomar los baños de Plombieres, á fin de restaurar su salud, y habiéndolo obtenido, partió de Potsdam el 26 de marzo de 1753, llevándose con permiso del rey, además de la llave de gentil hombre y de la orden, un tomito de poesías del rey que este había hecho imprimir en muy pocos ejemplares, destinados exclusivamente á sus

amigos de mayor confianza. Este último permiso fué una grandísima imprudencia que el rey sintió vivamente, cuando Voltaire apenas llegado á Leipzig, publicó en el periódico de aquella ciudad una filípica envenenada contra Maupertuis á pesar de haber prometido á Federico en su despedida dejar á aquel hombre en paz. Era natural que el rey temiera que el hombre que así faltaba á su palabra podía también abusar de las poesías en que el rey criticaba con acerada malicia á muchas cortes extranjeras y muy particularmente á la Francia. Resolvió pues quitar á Voltaire este tomito juntamente con la llave y la condecoracion, costase lo que costase. Efectivamente en el momento en que Voltaire iba á continuar su viaje, se le presentó en la posada del Leon de Oro en Francfort del Mein, donde había pernoctado, el agente diplomático del rey, Freytag, y le entregó la orden de su soberano. Voltaire le dió la llave y la condecoracion que llevaba consigo, pero no el tomito que se hallaba en un baul que debían enviarle desde Leipzig donde lo había dejado con este encargo. Freytag hizo quedar al viajero en Francfort hasta la llegada del baul que tardó muchas semanas. Esta estancia prolongada y forzosa habría podido abreviarse muchísimo, si el agente prusiano hubiese sido menos autoritario y pedantesco y Voltaire menos impremeditado é impaciente. Hasta el 7 de julio no pudo Voltaire continuar su viaje. El arresto de Francfort acabó de disgustar al ilustre francés y de quitarle para siempre las ganas de volver á Prusia.

Volvieron á escribirse Voltaire y Federico II, pero no volvieron á verse.

SEGUNDA PARTE

LIBRO SEXTO

LA COALICION UNIVERSAL CONTRA FEDERICO EL GRANDE

I.—LA CZARINA ISABEL Y EL CONDE DE BESTUSHEFF

En 1746 escribió el rey Federico en su *Historia de mi tiempo*: «El imperio ruso tanto por su poderío como por su posición geográfica es de todos los vecinos de la Prusia el mas peligroso. Los que gobiernen despues de mí la Prusia, deben vivir en buena amistad con estos bárbaros, porque en su mano está arruinar á la Prusia con el número infinito de sus tropas ligeras, sin que se pueda hacerles pagar el daño que causen, porque en sus provincias fronterizas reina la miseria mas horrible, y para penetrar hasta la Ukrania hay que atravesar desiertos.» El mismo autor de estas palabras experimentó despues su exactitud, porque uno de los motivos principales de la guerra de Siete años fué no haber podido lograr la amistad de la corte de Rusia, ni siquiera su neutralidad. Ocuparon en efecto el primer puesto entre los coligados del año 1756 la zarina Isabel y su ministro Bestusheff; los golpes mas formidables que cayeron sobre el rey de Prusia procedieron de los rusos, y de allí también le vino la salvacion cuando estaba á punto de sucumbir definitivamente.

Muerto el czar Pedro el Grande, pasó la Rusia por cinco años de turbaciones terribles. La heredera de la corona fué su viuda que subió al trono el 28 de enero de 1725 como zarina, con el nombre de Catalina I. Esta durante su corto reinado de menos de dos años, no salió un instante del estado de embriaguez (1) en que la tenía el aguardiente que bebía desde el amanecer hasta la noche, en compañía del príncipe Menschikoff, el cual gobernaba el país con una brutalidad sin ejemplo y una codicia de verdadero foragido, á nombre de la emperatriz completamente incapacitada para el gobierno. Cuando Catalina murió en 27 de mayo de 1727 sostúvose el mismo ministro algun tiempo mas, bajo el reinado del czar Pedro II, niño de doce años cuando subió al trono, hasta que su tiranía se hizo tan insoportable, que el mismo jóven monarca le hubo de destituir súbitamente en 19 de setiembre de 1727. Su caída no mejoró en nada la situación del país, presa de una anarquía espantosa que solo cesó á la muerte de Pedro II ocurrida en 30 de enero de 1730, con la subida al trono de la duquesa viuda de Curlandia Ana Ivanofna (2).

(1) Véase sobre esto y todo lo que sigue: *Historia de Rusia* (en alemán) por Ernesto Hermann; tomos IV y V.

(2) De esta soberana trata un trabajo que se encuentra en el archivo de Hanover, escrito en San Petersburgo en el año 1743 por un tal Truebel, profesor de idiomas en la corte de Rusia, y al parecer hombre

La emperatriz Ana que reinó desde 1730 hasta 1740, había tenido que firmar antes de partir de Mítau, donde vivía, un documento que el supremo consejo de los grandes del imperio había redactado en ocho artículos y presentado á la princesa heredera para que lo suscribiera. Era una especie de capitulacion en que reconocía que su poder como emperatriz era electivo y limitado como el de los reyes de Polonia, de Suecia y el emperador de Alemania. Pero apenas hubo llegado á Moscou, adonde sus predecesores habían trasladado otra vez la corte de los czares, cuando contra lo estipulado en la capitulacion se nombró á sí misma jefe de la guardia imperial de Preobrashenski, y capitana de la guardia noble. Hecho esto, admitió una petición de la pequeña nobleza que se presentó en número de 800 individuos. En este documento calificaban los exponentes los ocho capítulos mencionados como un atentado á los derechos de la nobleza rural y del pueblo que para nada habían sido consultados, y como un peligro para la paz pública; y basándose en estos considerandos, suplicaban á la emperatriz que anulara el tal documento y reivindicara sus derechos de soberana absoluta tales como los habían poseído sus gloriosos antepasados. Mandó la emperatriz por el documento que había firmado en Mítau y lo rompió á la vista de los brazos reunidos, celebrando el fácil golpe de Estado con un alegre banquete en 8 de marzo de 1730.

El nuevo gobierno, compuesto del gran canciller Golovkin, el vice-canciller Ostermann y el príncipe Cherkaski, volvió á trasladar la residencia imperial á San Petersburgo, y confió á los extranjeros, especialmente alemanes, que formaban la camarilla, la administracion, el departamento de la guerra y la política exterior. Los principales de estos extranjeros eran el mayordomo mayor Biron (3) que la emperatriz tenía ya en

muy verídico é imparcial. Este escrito del cual sacamos en lo que sigue muchos datos empieza así: «La gran empresa del emperador Pedro I de civilizar esta nacion de instintos rastreros, falsa, supersticiosa y que odia todas las costumbres nobles de otros países, habría quedado paralizada para siempre á causa del odio que Menschikoff y Dolgoruki, ministros el primero de la emperatriz Catalina y el segundo del emperador Pedro II, tenían á los extranjeros, y por efecto también de la administracion desordenada del imperio ruso durante estos dos reinados, sin la gloriosa y bienaventurada emperatriz Ana que en su reinado feliz y bendito ha continuado aquel plan y elevado el honor de la nacion rusa á un grado tan alto que se hace el mayor caso de ella en todos los negocios de la gran política internacional.»

(3) El escrito citado de Truebel dice que se llamaba Biren, y que había cambiado la *e* en *o* para hacer creer que pertenecía á la antigua familia noble francesa de este último apellido. Su padre, dice Truebel, había sido empleado en las caballerizas de la princesa.

Mietau, el citado vice canciiller conde de Ostermann y el general en jefe Münich. Este último reorganizó el ejército ruso; fundó la academia de cadetes con 360 plazas; construyó las obras de fortificación de Viborg y Cronstadt; mejoró la artillería; creó una excelente milicia rural de 40,000 hombres; estableció muchas fábricas importantes y realizó el gran canal de Ladoga. El nuevo ejército demostró en las guerras contra los polacos y los tártaros de Crimea que ya conocemos, su excelente organización. La primera de estas guerras dió a la Rusia la supremacía material y moral sobre la Polonia. Las armas rusas habían colocado a Augusto III en el trono de este último país, y el dinero ruso le atrajo los parciales vencidos de Lesczinski. Por tanto Augusto pertenecía en cuerpo y alma a la Rusia cuya política exterior había de ser la suya. Al mismo tiempo en el interior, se entregó atado de piés y manos a sus súbditos polacos, es decir a los nobles, obligándose en el parlamento de Varsovia en 10 de julio de 1736, a hacer regresar a su país sus fieles tropas sajonas en el plazo de 40 días, y en el caso de no cumplirse esta disposición quedaron autorizados todos los grandes palatinos, y la nobleza de todos los distritos a montar a caballo y arrojar con las armas del territorio a aquellas tropas como enemigos del país (1). Este pobre rey de Polonia, en realidad simple lugar-teniente ruso, hubo de recibir como una gran merced de la nobleza polaca el permiso de poder conservar cerca de su persona una guardia sajona de 1200 plazas.

Como precursora de la incorporación de la mayor parte de la Polonia al imperio ruso puede considerarse la elección del mencionado Biron para duque de Curlandia, realizada bajo la presión de las bayonetas rusas en el mes de junio de 1739. La Curlandia era un ducado colocado bajo la protección de Polonia; pero en realidad independiente hasta el año 1711; desde entonces había sido mas bien provincia rusa que otra cosa, y con la elección de Biron acabó el último fulgor de independencia para aquel país. El nuevo duque trató a los habitantes como el propietario ruso trataba a sus siervos, y los derechos que tenían fueron suplantados por la inexorable tiranía rusa.

Con la muerte de la emperatriz Ana, ocurrida en 28 de octubre de 1740, empezó para la Rusia un interregno singular, que fué muy pronto interrumpido por una revolución de palacio, y que terminó por otra. La emperatriz había declarado heredero suyo al príncipe Ivan, que había nacido unos dos meses antes, a saber en 23 de agosto del mismo año de 1740. Era hijo de la sobrina de la difunta emperatriz, la princesa Isabel Catalina Cristina de Meklemburgo, que al abrazar la religión cismática griega en 1733, conforme exigía su parentesco con la soberana de los rusos, había tomado el nombre de Ana. El esposo de ésta y padre del pequeño emperador era el príncipe Antonio Ulrico de Brunswick Bevern. Además la difunta había nombrado a Biron ya duque de Curlandia, regente del imperio durante la menor edad del príncipe Ivan. Entre este regente omnipotente y los padres del niño imperial hubo pronto colisiones y la posición de estos últimos se hizo luego tan inaguantable, que el general Münnich se vió en el caso de simplificar la situación haciendo prender al regente por un destacamento de la guardia imperial de Preobrashenski y llevarlo en la misma noche del 20 de noviembre, a las tres semanas escasas de haber muerto su protectora, a la fortaleza de Schlüsselburg. Al día siguiente hizose proclamar Ana de Moklemburgo, gran duquesa rusa y regente del imperio durante la menor edad de su hijo.

(1) Véase la obra de Hermann tomo IV pág. 566.

Noduró mucho tampoco esta regencia, porque tanto la gran duquesa Ana como su esposo, deslumbrados por su súbita importancia, cometieron a porfía las puerilidades mas necias. Ana dejóse guiar enteramente en la política extranjera por su amante, el embajador de Sajonia, conde de Lynar y por el compañero de este, el embajador de Austria, marqués de Botta. Ambos querían quitar la influencia al feld-mariscal Münnich porque era favorable al rey de Prusia y la regente fué tan débil, que llegó a exonerar súbitamente de todos sus empleos y cargos en 24 de marzo de 1741, al hombre que tan resueltamente la había libertado del ex-regente duque de Curlandia.

El gobierno francés, a consecuencia del convenio de Breslau del 5 de junio de 1741, del cual hablamos en la primera parte, pudo inducir al sueco a declarar en 4 de agosto siguiente la guerra a Rusia con la intención de reconquistar sus antiguas provincias del Báltico que el rey Carlos XII había perdido con sus pueriles empresas y heroicidades. Los rusos no aguardaron el ataque tan poco meditado y con un ejército a las órdenes del general Keith, invadieron la Finlandia sueca, donde destrozaron completamente al ejército sueco mandado por el general Wrangel cerca de Willmansstrand en 3 de setiembre.

Animada la regente por tan felices resultados de la política de su regencia, quiso consolidar su posición proclamándose emperatriz; pero en medio de los preparativos é intrigas que impulsaba con febril actividad, fué sorprendida brutalmente en la noche del 5 al 6 de diciembre por uno de esos golpes de mano contundentes que solo en la Rusia de aquel tiempo eran posibles.

La princesa Isabel, hija de Pedro el Grande, que por su vida relajada había sido hasta entonces expresamente excluida de la sucesión al trono en todas las vacantes, había vivido despreciada, abandonada é ignorada de todo el mundo, en compañía de su mayordomo Woronzoff, de su médico de cámara Lestocq, y de un aventurero llamado Schwartz. Solo el embajador francés, marqués de la Chetardie no la había perdido de vista, y ocultamente había cuidado de que no faltasen a la pequeña corte dinero, noticias y consejos cuando el caso lo exigía. Vista la completa incapacidad de la regente Ana y de su esposo, y sabido su proyecto de proclamarse Ana emperatriz, no tardó la hija de Pedro el Grande en ponerse en movimiento. Con dinero francés sobornó a unos 20 granaderos de la guardia imperial, del regimiento de Preobrashenski que con ella y sus tres fieles cortesanos armados todos con cotas de malla se dirigieron el 5 de diciembre despues de media noche al palacio de invierno. Allí se les juntaron 360 granaderos mandados por el sargento Grünstein, natural de Livonia, y juntos entraron en el palacio sin que las guardias opusieran la menor resistencia. En seguida ordenó la princesa, de figura arrogante é imponente, la prisión de Ana y de su esposo; luego pasó al dormitorio del pequeño heredero del trono imperial, Ivan, sacóle de la cuna, besóle cariñosamente y le hizo llevar junto con su ama a su propio palacio; mientras ella tomaba posesión de los aposentos imperiales, recibía las primeras felicitaciones de los cortesanos presentes y hacia encerrar en la ciudadela a los condes Münnich, Ostermann, Löwenwolde, Golowkin, baron Mengden y otros personajes peligrosos. Cuando amaneció se había realizado la revolución de palacio tan perfecta y silenciosamente, que la población quedó muy sorprendida cuando al levantarse a sus quehaceres se encontró con el cambio hecho. En seguida acudió la multitud al palacio para aclamar a la hija de Pedro el Grande, que de un golpe había concluido con el gobierno extranjero, es decir, de los alemanes. A las 4 de la tarde hizo su entrada solemne, como

emperatriz, en el palacio de invierno entre el estampido de los cañones y las aclamaciones y el júbilo de los habitantes de la capital.

El nuevo gobierno no era mas capaz que el anterior, y Woronzoff, Bestusheff y Lestocq, no llegaban ni con mucho a la altura de los Ostermann, Münnich y Loüenwolde, a los cuales la venganza y la envidia formaron una causa vergonzosa. Gracias a la guardia pretoriana de Proobrashenski, que la emperatriz nombró su guardia de corps con grado de oficial para los simples individuos, a quienes sabia además tratar con habilidad exquisita, pudo el nuevo régimen sostenerse y durar mas que los anteriores, porque toda conjuración era inútil mientras no tuviese el apoyo de esta guardia.

La emperatriz Isabel era una persona de costumbres extremadamente relajadas y tan entregada a la crápula como jamás lo estuvo hombre ni mujer alguna; corriendo en pos de la satisfacción de sus pasiones no se acordaba ni de su corona, ni de sus deberes, ni del pudor. Era mujer insaciable que lo sacrificaba todo a sus vicios desenfrenados. No le faltaba talento, ni gracia, ni jovialidad, ni aquella bondad y buen corazón que suelen tener las personas dadas a placeres sensuales, pero no tenia tacto para gobernar, porque solo quería gozar, y huía del trabajo; sus pensamientos se limitaban a sus placeres y no se fijaban en los negocios del Estado. Como sucede a todas las personas dominadas por la sensualidad, embotósele la energía intelectual y así dejó las riendas del Estado y de su política exterior é interior enteramente en manos de su canciiller Bestusheff-Riúmin, que fué el verdadero autócrata.

Este Bestusheff era ruso hasta la médula de los huesos, pero maestro en todas las artes necesarias para gobernar a aquella nación, y en las de la diplomacia europea, especialmente en el arte de engañar con la máscara de la sinceridad y de la sencillez. Siempre dispuesto a venderse, pero incapaz de hacer el menor sacrificio despues de haber recibido el precio de la venta. De carácter violento, sabia ser flexible é insinuante cuando le convenia, y a pesar de su sensualidad y de su afición a los goces materiales que apenas cedían a las de su ama, era enérgico, activo y laborioso como jamás había sido otro hombre de Estado ruso. Este ministro, que era antipático a la emperatriz, pero que todo lo alcanzaba de ella porque le era indispensable, odiaba al rey Federico de Prusia como si hubiese sido enemigo personal suyo. Por este lado fué inaccesible a todos los halagos y cohechos, y se mostró superior a todas las intrigas que se armaron para derribarle cuando se vió que no era posible sobornarlo. Supo comunicar a la emperatriz sus simpatías y antipatías, y a su política una dirección que hizo finalmente inevitable la guerra.

El embajador prusiano en San Petersburgo, baron Axel de Mardefeld, era maestro en los manejos diplomáticos y trabajó años y mas años con aquel celo ardoroso que es exclusivo de los optimistas los cuales miran en los éxitos pequeños la garantía de su victoria, y no se convencen de lo contrario hasta que lo ven perdido todo. A su actividad, celo y prevision debió Federico la actitud benévola que la emperatriz Isabel mostró al principio hácia él. Tambien se debió a él que la emperatriz no diera por esposa al gran duque heredero Pedro de Holstein, una princesa sajona, sino la de Anhalt-Zerbst, que luego reinó con el nombre de Catalina II en Rusia; finalmente se debió a sus esfuerzos diplomáticos que todavía en noviembre de 1743 dijera la zarina: «Estoy bien con el rey de Prusia; ¿qué me importa lo demás?» Pero a pesar de esta habilidad no penetró Mardefeld el carácter del canciiller Bestusheff, ni supo que no se dejaría corromper ni derribar, ni conoció la enorme influencia que ejercía sobre la autócrata de Rusia, hasta que lo vió palpablemente.

Sobre la política rusa posterior respecto de la Prusia sabemos ahora mucho mas que antes, y eso fundado en documentos. Todo lo que con el tiempo pueda todavía descubrirse no hará probablemente mas que confirmar lo que hoy ya tenemos por cierto. A pesar de todas las ventajas obtenidas por el embajador prusiano Mardefeld en la corte de Rusia, esta corte siguió invariablemente la política explicada por el conde Bestusheff en una carta que escribió con fecha 11 (22) de agosto 1744 a Woronzoff, diciendo: «Es menester vigilar al rey de Prusia. Es el vecino mas inmediato y mas poderoso del imperio, y de consiguiente el mas peligroso, aunque fuese menos inconstante, codicioso, inquieto é indigno de lo que es. Con la fuerza armada del rey de Prusia crece el peligro para nosotros, y es imposible calcular lo que nos puede resultar de un vecino tan versátil, poderoso é irreflexivo. El interés y la seguridad del imperio exigen que no abandonemos a nuestros aliados, a saber: en primer lugar las potencias marítimas a las cuales Pedro I tuvo siempre empeño en tener propicias; en segundo lugar al rey de Polonia como elector de Sajonia, y a la reina de Hungría que por la posición de sus Estados tiene naturalmente los mismos intereses que la Rusia.» (1)

Bestusheff empezó por mirar a la Prusia con desconfianza y recelo, y acabó por odiarla y tratarla con enemistad profunda. Este cambio se fué efectuando en proporción que el rey Federico se hizo mas importante y al parecer mas peligroso con sus hechos admirables.

Una vez firmados los tratados de Breslau y de Berlin, aquel en 11 de junio y este en 28 de julio, era indispensable lograr el reconocimiento formal del gobierno ruso y su garantía para la posesión pacífica de la Silesia. Tal fué el objeto del proyecto de tratado que el embajador Mardefeld presentó a la emperatriz en julio de 1742. La emperatriz se negó rotundamente a dar esta garantía, de la cual nada rezaba el contraproyecto que redactó su ministro; y el convenio que el rey de Prusia logró despues de mucho negociar en 16 de marzo de 1743 cabalmente nada decia tampoco de lo que mas interesaba al rey. Este contestó a sus ministros Podewils y Borke, cuando le preguntaron si había de comunicarse a la Inglaterra: «Quizás hará mejor efecto no enseñarlo, porque es una reunion de palabras sin alma que prometen y no vienen a expresar nada.» En los artículos secretos se hablaba de los ducados de Curlandia y de Ermlandia, de la república polaca, de la protección de sus libertades contra todos los enemigos, hasta de los polacos disidentes, pero de la Silesia ni una palabra.

El 7-18 de agosto de 1743 firmó la Rusia en Abo la paz con la Suecia que pagó su declaración irreflexiva de guerra con la pérdida de 109 leguas cuadradas en Finlandia. Mientras esto se hacia en Abo los ánimos estaban en San Petersburgo sobrecitados con motivo de una conspiración urdida, segun se decia, por el embajador de Austria, marqués de Botta d'Adorno, trasladado poco antes a Berlin. Los pretendidos culpables fueron presos y a pesar de haberles aplicado el terrible knut para que declarasen, no resultó nada que indicara peligro alguno para el Estado; pero la emperatriz no se mostró por eso menos indignada contra su autor, el embajador austriaco. Federico quiso aprovechar la ira de la emperatriz, y explotarla en su provecho contra el Austria, pero tampoco logró nada absolutamente; la zarina se dió por contenta con la satisfacción que le dió María Teresa llamando y castigando al marqués de

(1) Véase MARTENS, *Recueil des traités et conventions*, San Petersburgo 1880, tomo V, pág. 337. Los documentos publicados en esta obra sirven tambien de base a lo que sigue.